10498

José Quilis Pastor

DISPARATE CÓMICO-LÍRICO-FANTÁSTICO

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, ORIGINAL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

ANGLADA y ALONSO

Copyright, by José Quilis Pastor, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1911

El suplicio de Tántalo

4

EL SUPLICIO DE TÁNTALO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL SUPLICIO DE TÁNTALO

DISPARATE CÓMICO-LÍRICO-FANTÁSTICO

en un acto, dividido en tres cuadros

ORIGINAL DE

JOSÉ QUILIS PASTOR

música de los maestros

ANGLADA y ALONSO

Estrenado en el TEATRO DE LA LATINA de Madrid, la noche del 21 de Junio de 1911

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Cuadro primero.—EN CONSTANTINOPLA		
ZORAIDA	Srta.	Lacalle.
ZULIMA		Rodríguez.
SOBEYHA		Olavarrieta.
TORCUATO PÉREZ	Sr.	Espada.
SULTÁN		Codorniú.
MADAHO		Aranguren.
OFICIAL		Cea.
EUNUCO		Palmeiro.
Odalisca, guardias, eunucos y esclavos		
Cuadro segundo.—EN PARÍS		
UNA TURCA	Srta.	Rodríguez.
UNA CASTAÑA		García.
UNA FRANCESA		Rodríguez.
UNA FRANCESILLA		García.
TORCUATO PÉREZ	Sr.	Espada.
UN TURCO		Pastor.
DIRECTOR		De Pastors.
Cancanistas, doncellas, oficiales y soldados		
Cuadro tercero.—EN MADRID		
ROMUALDA	Sra.	Pajares.
UNA MORENA		Fernández.
UNA RUBIA	Srta.	Olavarrieta.
UN BOTONES		Cisneros.

674611

TORCUATO PÉREZ.....	SR.	ESPADA.
FELIPÍN.....		HEREDIA.
MAESTRO.....		ARANGUREN.
UN POLLO.....		GONZALEZ.
OTRO POLLO.....		GUERRA.
UN GALLINA.....		DE PASTORS.

Modistas, machicheras y botones

Las indicaciones, del lado del actor

Para el primer cuadro ha pintado una decoración el reputado escenógrafo Sr. Carrión.

Esta obra ha sido puesta en escena, con gran acierto, por el notable director D. Arturo Espada.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Una sala del interior del harén, cerrada en el fondo por dos grandes tapices. A derecha é izquierda, puertas.

Al levantarse el telón aparecen las mujeres del harén sentadas en cojinetes. Unas fuman, otras toman café. En primer término izquierda, derecha y centro se hallan, respectivamente, distinguiéndose de las demás por sus trajes ricos y vistosos, Zoraida, Zulima y Sobeyha.

Música

(ZORAIDA, ZULIMA, SOBEYHA y MUJERES DEL HARÉN.)

Todas

Dormir y bailar,
beber y soñar
con dichas de amor;
tendidas fumar,
y olvidos cantar
de nuestro señor.
De las odaliscas
este es el destino,
esperando siempre
que el dueño se digne
hacernos un mimo.
¡Cuánta flor
aquí se consume
sin que nadie aspire
su fragante olor!

Zor. Bella sultana
soy del harén,
la favorita
de mi señor,
pero la dicha
jamás tendré,
que amante anhela
mi corazón.

—

Sob. Arabe de ojos negros,
ven á mis brazos,
que el fuego del desierto
para ti guardo.

—

Zul. Hermoso eunuco
me guarda á mí,
y amor ardiente
por él sentí.
(Zulima se pone en pie y danza.)

—

Todas Imposible
es la pasión
de mi triste
corazón,
la nostalgia
del placer
siento dentro
del harén.
(Al terminar el número se oye un golpe de platillo.)

Hablado

Zor. El Sultán viene.
Todas Nuestro señor.
(Llega el SULTÁN por derecha. Es un tipo grotesco.)
Sul. Alá guarde á mis mujeres.
Todas (Inclinándose.) Alá te guarde, gran señor.
Zor. El sol acaba de presentarse ante nosotras.
Sob. (Un sol que no calienta.)
Sul. Vengo, Zoraida, á hacerte un obsequio.
Zor. ¡Magnánimo dueño mío!
Sul. Un comerciante de Occidente me ha hecho

un regalo que yo no puedo utilizar, y por eso te lo transmito.

Zor. ¡Qué generoso!

Sul. Cá, si yo para vosotras no gasto una piastra, bastante hago con manteneros.

Sob. ¡Pero si no somos más que ochocientas!

Sul. Y más que pienso traer.

Zul. (¿Para qué las querrá?)

Sul. Pero antes echaré algunas.

Sob. (Con alegría.) ¿A mí?

Sul. A ti no, que me agrada verte bailar.

Zul. (Idem.) ¿A mí?

Sul. Tampoco; eres bella y me gusta dormir al son de tus canciones.

Varias (Idem.) ¿A mí? ¿A mí?

Sul. ¡Silencio! (¡Cómo lo sienten, pobrecillas!)

(Entran en escena un OFICIAL y dos ESCLAVOS, que conducen un gran tocador.)

Ofic (Inclinándose.) Luz del sol, tus augustas órdenes están cumplidas.

Zor. ¿Qué es?

Sul. Un soberbio tocador, digno de figurar en el gabinete de una sultana favorita.

Zor. Aquí. (Manda situarlo en derecha segundo término. El Oficial y los Esclavos se inclinan y hacen mutis.)

Sul. Es una prueba de afecto que te doy, y quiero que tu amor me corresponda.

Zor. (Con disgusto.) Señor, es la hora del baño, pero estoy pronto á agradarte.

Sul. Hoy me siento joven. Mis ojos brillan y tengo deseos de...

Zor. Eres mi dueño, manda y obedeceré.

Sul. Ráscame en la espalda. (Lo hace.) Más arriba, más abajo. Cualquiera de esas podría hacerlo, pero te prefiero, porque eres mi favorita.

Zor. Tu esclava agradece la distinción.

Sul. Hasta después. (Mutis por donde llegó. Todas se inclinan.)

Zor. ¡Qué tipo más repugnante!

Zul. ¡Qué grosero!

Sob. ¡Qué bruto!

Zor. ¡Es un martirio pertenecer á un hombre tan feo, tan viejo y tan despreciable!

Zul. Gracias á que el Oficial de la guardia sabe llegar hasta mí.

Sob. Y el médico no visita al Sultán solamente.

Zor. (Con misterio.) Pues oid. Yo también estoy enamorada, pero no tengo la dicha que disfrutáis vosotras, la de estrechar entre mis brazos al hombre que encendió en mi pecho el fuego del amor.

Sob. ¡Tú!

Zul. ¡La sultana del serrallo!

Zor. A la última fiesta que celebró el Sultán en el lago grande de su jardín, asistieron muchos invitados. Los velos, si bien impiden que los demás vean nuestros rostros, permiten que nosotras veamos á los demás. Yo iba en el esquife imperial mirando indiferente al gentío, cuando de pronto quedé suspensa á la vista de un hombre, que por su traje denotaba no ser devoto de Mahoma. Al pasar frente á él levanté con disimulo el velo, y el extranjero fijó en mí sus ojos apasionados, enviándome una esperanza. Desde entonces le adoro, y á veces me figuro que está entre mis brazos, y le estrecho y le estrecho contra mi corazón, hasta que despertándome exclama el Sultán: «¡Ráscame!»

Zul. Soñar con un ideal y despertar junto á un oso.

Sob. ¿Y nada sabes de él?

Zor. Nada; pero confío. Vi en sus ojos la audacia.

Zul. Al baño.

Todas (Disponiéndose.) Al baño.

Música

Zul.

Las aguas transparentes
en las que se vertieron
esencias de la Arabia
esperan nuestros cuerpos.
Pomadas que embellecen
nuestra rosada piel
nos frotan las esclavas
con un suave vaivén.

(Balanceándose.)

Y en tanto adormecidas
sentimos con afán
que sólo nos contemple
la mirada de Alá.

Alá, Alá,
¡pues *alá!*

—

Todas Las aguas transparentes,
etc., etc.
(Mutis de todas por izquierda.)
(TORCUATO PÉREZ saca la cabeza por el tocador. Viste á usanza árabe.)

Hablado

Tor. Nadie. (Sale del tocador y llega á la batería.) Torcuato Pérez, de Madrid, que hace un viaje de recreo por estar algunos meses distante de su mujer. Asistí á la última fiesta, la favorita me miró como diciéndome «¡ven!», yo la miré como diciendo «¡te veo!», y desde entonces he estado discurriendo como entraría en el serrallo. Mandé hacer este tocador para mujer, en él me metí y aquí estoy. La empresa es arriesgada, pero ¿quién no se expone por ser el favorito de la favorita? (Mirando.) ¿Dónde estarán? Con este traje me tomarán por uno de la casa. (Sigue mirando.) Si viese á Zoraida. (Levanta un poco el tapiz del fondo.) ¡Demonio, la sala de baño! ¡Están desnudas! (Se oyen gritos de mujeres sorprendidas y se promueve dentro movimiento y voces.)

Ofic (Dentro.) ¿Qué sucede á las sultanas?

Tor. ¡Estoy perdido! ¡Valor! ¡No puede salvarme más que la serenidad! Haré lo que hagan. (Por derecha Oficial, Guardias y Eunucos. Torcuato imitando el tono del Oficial.) ¿Qué sucede á las sultanas?

Sul. (Por derecha.) ¿Por qué gritan mis mujeres?

Tor. ¿Por qué gritan...? Que me cuelo.

Todos (Inclinándose ante el Sultán.) Señor.

Tor. (Siempre retardado y exagerando.) Señor.

Ofic. (A Torcuato.) ¿Quién eres tú?

Tor. ¿Quién eres tú?

Ofic. El jefe militar de palacio.

Tor. (Bromeando.) ¿Tú? ¡Qué bromista!

Ofic. Pero tú, ¿quién eres?

Tor. ¡Yo!... ¿Qué quién soy yo?... ¿Es que tú quie-

res saber quién soy yo?... Bueno, hombre, bueno. (Como si lo hubiese dicho todo.)

Ofic. Pero ¿quién eres?

Tor. ¡Ah! ¿pero es que no lo he dicho?... (Al que está más próximo.) ¡Vamos, dile quién soy yo!

Ofic. ¡Aquí mi guardia! (Rodean á Torcuato. Al Sultán.) Luz del sol, este hombre ha penetrado furtivamente en el harén.

Sul. ¡Ira de Alá! ¿Así cumple mi guardia, que ignora quién entra en mi palacio hasta los sitios más secretos? ¡Rayos!

Ofic. ¡Señor!

Sul. (Al Oficial.) Que corten á todos la cabeza y á ti el primero.

Tor. (¡Qué bárbaro!)

Sul. (A Torcuato.) Y tú, temerario, que osaste penetrar en las habitaciones reservadas á tu señor, ¿sabes á lo que has venido?

Tor. A preguntarte si quieres algo para Mahoma.

Sul. ¿Eh?

Tor. Sí, porque como vas á mandar que me den cate... (Indicando cortar la cabeza.)

Sul. No lo esperes. ¿Has entrado en el harén? Pues en el harén seguirás.

Tor. (Animado.) ¿Entre las mujeres?

Sul. Sí, guardando á mi favorita.

Tor. (Contentísimo.) ¡Miel sobre hojuelas! ¡Al momento! ¡Que me la traigan!

Sul. (Señalando á un eunuco.) Reemplazarás á éste que ya va estando viejo, pero después de ponerte en las mismas condiciones que él está. (El eunuco con los movimientos propios de su triste situación pasa al otro extremo.)

Tor. (Retrocediendo.) ¿Yo cómo está ese?... ¡¡Horror!!

Sul. O la muerte; tienes donde elegir. (El Oficial le presenta su alfanje.) Decide.

Tor. (Señalando al eunuco.) Antes que éste, esto. (Coge el alfanje. Preparándose.) ¡Vaya por ustedes!

Sul. ¿El qué?

Tor. La media pescuecera que me voy á dar. ¡Adiós Madrid, esposa mía, adiós!

Sul. Detente.

Tor. El indulto.

Sul. (Pensativo.) Si se mata termina de padecer, y si queda como ese acaba de desear. ¡Cual-

quiera de los dos castigos me parece pequeño para su crimen.

Tor. (¿Qué tormento discurrirá este bárbaro?) (Le quitan el alfanje.)

Sul. ¡Y no se me ocurre! ¡Ah! Madaho acudirá en mi auxilio. (Con la mano derecha hace signos de conjuración mientras pronuncia palabras ininteligibles. Llamando.) ¡Madaho!

Tor. (¿A quién llamará?)

Sul. ¡Madaho!

Tor. (Madaho en la nariz que es el puntillero.)

(A golpe de platillo se forma una humareda, se abre el grupo y aparece Madaho por escotillón. En donde no haya escotillón puede hacerse fácilmente: Como están en el centro en grupo no se ve á Madaho hasta que sorprendidos por el ruido y el humo se abren á los dos lados.)

(MADAHO es un personaje fantástico, vestido de un modo extraño. Es un «genio» amigo del Sultán.)

Todos (Retrocediendo.) ¿Qué es esto?

Mad. Aquí me tienes.

Sul. Mi buen Genio, te llamo para que me aconsejes. Este insensato...

Mad. Lo sé todo.

Sul. Y yo....

Mad. Ni media palabra más. Tú deseas que á este atrevido se le imponga un castigo mayor que la muerte.

Sul. Sí.

Mad. Te obedezco. (A Torcuato.) Torcuato Pérez; tú que eres un libertino, tú que eres un seductor, estás condenado á ser testigo de las más íntimas confidencias amorosas; tú recibirás las más voluptuosas emociones, pero siempre... saboreándolas otros.

Sul. ¿Cómo?

Mad. En presencia de cualquier mujer él quedará inmóvil en la posición que se encuentre; podrá ver y oir, pero á él no le oirán.

Tor. Y eso ¿durará siempre?

Mad. Hasta que una mujer dé en tu presencia el primer beso de amor.

Tor. Pues como no vaya á las escuelas...

Mad. Irás donde yo te guíe. Torcuato Pérez, en nombre del genio de los genios, quedas encantado.

Tor. Encantado de oirte decir majaderías.

Sul. De modo que...

Mad. Mientras no haya una mujer podrá moverse, pero en cuanto esté una delante quedará inmóvil. Tú mismo puedes hacer la prueba, después tienes destino. Hasta que me necesites. (Desaparece por escotillón.)

Sul. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ideas tengo!

Tor. (¡A que hace ahora suya la idea! De este mamarracho se ríen todos, desde el genio hasta éste.) (Por el Eunuco.)

Sul. ¿Que yo mismo puedo hacer la prueba?... ¡Será curioso! ¡Que vengan mis mujeres!

Eun. Están en el baño, señor.

Sul. No importa, que vengan como estén. (El Eunuco echa á andar.) No llames más que á Zoraida, Zulima y Sobeyha, que para probar es bastante.

Tor. Ya lo creo y para no hartarse nunca.

Sul. (Al Oficial y acompañamiento.) Ya lo sabes, que no quede en palacio más cabeza de hombre que la mía. (Les indica que salgan, hacen una reverencia y mutis por derecha.)

Tor. Sultán, me parece que el genio te ha tomado la guedeja, porque mira cómo ando y cómo salto... ¡Ah! (Queda inmóvil en la posición que se encuentra al aparecer en escena ZORAIDA, ZULIMA y SOBEYHA.)

Música

Las tres
Al salir del baño
nos llama el Sultan,
veamos qué quiere
su gran majestad.

Tor.
Lo que dijo el genio
es una verdad,
porque yo he perdido
la movilidad.

Sul.
¡Cómo se ha quedado!
¡ja, ja, ja, ja, ja!
esto me divierte.

Tor.
¡Si será animal!

—

Las tres Señor, ¿para qué nos quieres?
Tor. ¡Ay, Alá, qué tres mujeres!

—

Sul. (A Zoraida.)
Tu danza más bella.
(A Sobeyha.)
Tu mimo más blando.
(A Zulima.)
Tu canción más dulce.
(A las tres.)
Vais á dedicar
á ese hombre que inmóvil
nos está mirando;
hermosas sultanas
podéis empezar.

—

(Sobeyha se coloca al lado de Torcuato y Zoraida se dispone á bailar.)

Zul. Una canción de amores
que es verdadera,
linda como las flores,
de primavera
voy á cantar.
Zor. Voy á bailar.
Sob. Voy á mimar.
Tor. ¡Y yo á estallar!

—

(Cada una haciendo lo suyo.)

Zul. Gentil como una palmera
y más hermosa que el sol.
Sob. Mi sol.
Zul. Una morita hechicera
por un infiel sintió amor.
Sob. Mi amor.
Zul. Era el cristiano arrogante
y al punto la empezó á amar,
pero tardó en ser su amante
por lo que voy á contar.

—

A aquella mora quería un genio
y en el momento que conoció

que su morita tenía dueño
un maleficio sobre él echó.

—

El huía de la mora
y ella iba siempre detrás
y tendiéndole los brazos
exclamaba: ¡ven acá!
¡Que la dicha en mis brazos
encontrarás!

Las tres ¡Ven acá,
que la dicha en mis brazos
encontrarás!

Zul. Tanto insistió,
que más que el maleficio
pudo el amor.

—

Las tres ¡Ven acá,
que la dicha en mis brazos
encontrarás!
Ven... ven... ven acá.

(Las tres hacen mutis por izquierda. Torcuato recobra la movilidad.)

Hablado

Sul. ¿No querías entrar en el serrallo? Pues ya lo has conseguido y como deseo complacerte vas á ver á mis mujeres. (Se descorren los tapices del fondo y aparece la sala de baño en donde se encuentran, formando artístico grupo, algunas odaliscas. Un par de ellas en malla en primer término. Efecto de luz.)

Tor. ¿Esto es la gloria ó el infierno? (Telón cuadro.)

MUTACION

NOTA. Advierto á los Directores que no es imprescindible el orden que indico á Zoraida, Zulima y Sobeyha para bailar, cantar y mimar. Cada una de ellas puede hacer indistintamente lo que mejor se adapte á sus condiciones.

CUADRO SEGUNDO

Salón de ensayos del Palacio de Cristal de París. En el fondo, colgada de la pared, una panoplia con armas. En lateral derecha una «chaisse-longue». Puertas al foro y laterales.

—

(DIRECTOR y CANCANISTA en posición de baile.)

Hablado

Dir. Cuidado, señoritas, que este bailable como va al final, ha de influir mucho en el éxito de la obra. Cuando guste, maestro. (Mutis.)

Música

(Gran can-cán. Al concluir hacen todas mutis.)

Hablado

(TORCUATO PÉREZ aparece por el foro, vestido con uniforme que da á entender ser dependiente del teatro.)

Tor. (Declamando.)

¡Ay, infeliz de mí! ¡Ay, infelice! (Cambiando de tono.) Cara me está costando la osadía de entrar en el harén. Desde aquella hora, ¡qué cosas llevo vistas en calidad de estatua! Sin saber qué fuerza me impulsa, voy de un lado para otro, cayendo siempre en los sitios donde más libertad hay para el amor. Desde Constantinopla vine á París y, sin saber cómo, me encuentro de dependiente aquí, en «El Palacio de Cristal», el teatro de París donde hay más *chanteusses*, más *danseusses* y más *sinvergonseusses*. ¿Pero cómo he de hallar en estos sitios una mujer que esté por dar el primer beso de amor? ¡Ay, Torcuato, dónde has caído para tu encantamiento!

Música

(TURCO y TURCA. Esta entra corriendo como huyendo con coquetería. Torcuato queda inmóvil.)

Turco Un abrazo.
Turca Es imposible.
Turco Un abrazo.
Turca Es terquedad.
Turco Un abrazo.
Turca Si lo quieres
lo tienes que ganar.
Si un guerrero
de amor quiere triunfar,
tan sólo con halagos
la plaza rendirá.

—

Turco ¡Amor mío, yo te adoro
con ardiente frenesí!
Turca Esos tiros son muy poco
para poderme rendir.
Turco Yo soy un parlamentario,
que pide tu rendición.
Turca Pues así no me someto,
que á mí me rinde el cañón.
Turco Ya va á estallar
mi corazón,
y va á rendirte
en la explosión.
Turca Esa explosión
no llega aquí,
pues de su alcance
sabré salir.

—

Gánalo.
Turco Voy por él
sin tardar.
Turca Anda, pues,
gánalo.
Turco Voy por él,
voy por él.

(El corre tras ella hasta que la alcanza.)

Turco — Un abrazo.
Turca — Cuantos quieras.
Turco — Un abrazo.
Turca — Muchos más,
que la plaza ya rendida
por tus fuegos está.
Turco — Mi encanto.
Turca — Mi alegría.
Los dos — Es una gran verdad,
que entre dos que se adoran
la dicha es abrazar.

(Abrazados se dirigen á la «chaisse-longue», sentándose.)

Hablado

Tor. — (El duíto es reconstituyente. Y yo mientras, inmóvil y teniendo que aguantar esto, y si no es más que esto menos mal, pero me parece que sí va á ser más. ¡Que me lucí con entrar en el harém!)
Turco — ¡Cuánto he sufrido en silencio al ver que no hacías caso de mis insinuaciones!
Turca — Pues te quería, tontín.
Turco — ¿De veras?
Turca — Pero como siempre había gente delante...
Turco — Pero ahora estamos solos.
Turca — Completamente solos.
Tor. — (Yo no soy nadie.)
Turco — ¿Y me demostrarás?
Turca — (Abrazándose.) ¡Lo que tú quieras!
Turco — Vida.
Turca — Gloria.
Tor. — (Sinvergüenzas.)
Turco — ¡Qué calor!
Turca — Quítate el gorro.
Turco — Lo dejaré en esta figura. (Se lo pone á Torcuato.)
Tor. — (Ya me ha puesto el gorro.)
Turco — (En pie, abrazados, echan á andar hacia izquierda.) ¿Cuándo podré estrecharla entre mis brazos? me decía.
Turca — Ahora y siempre, te contesto. Mientras los otros ensayan allí... (Mutis.)
Tor. — (Acabando la frase. Moviéndose.) Estos se prepa-

ran para la función. Si yo agarrase una turca así, no iban á ser diabluras. (Se sienta en la «chaisse-longue».)

(Una CASTAÑA por el foro.)

Cast. Me ha dicho el Director, que el nuevo dependiente es tan tímido con las damas, que ni á hablar se atreve. ¡Qué delicia! ¡Con los deseos que tengo de romper la timidez de un hombre! Y á este se la rompo. Allí está. ¡Qué hermoso resulta con el gorro turco! (Con coquetería y aproximaciones alarmantes se sienta junto á Torcuato.)

Tor. (¡Zambomba, qué señora más descacharrante! ¡Y se sienta á mi lado! ¡Y yo sin poder moverme!)

Cast. (Acercándose más.) (¡Y no se entera!)

Tor. (¡Qué morbideces! ¡Señor, que me pueda mover un cuarto de hora nada más, que con quince minutos tengo bastante!)

Cast. ¿Sabes lo que pareces con el gorro?

Tor. (Un vendedor de dátiles.)

Cast. Un dios griego.

Tor. (¡Anda Dios!)

Cast. Adorador de la sublime puerta, ¿no te gusta esta cristiana?

Tor. (¡Qué sudores!)

Cast. ¿Soy tan fea? ¿No hay luz en mis ojos? ¿No hay carmín en mis labios?

Tor. (¡Un milagro!)

Cast. ¿No te gusto?

Tor. (¡Voy á estallar!)

Cast. (Le sigue acariciando hasta que se convence de lo inútil de sus propósitos.) ¿Conque te soy indiferente? (En pie.) Pues me vengaré, memo, tonto, imbécil. (Mutis por el foro.)

Tor. (En pie tras ella.) ¡Señora, señora!.. Esto es un tormento insufrible. ¡Maldita sean el genio y la idea que me dió de entrar en el serrallo! (Ruido dentro.) ¿Eh, vienen más? No quiero verlas. (Mutis rápido por segundo término derecha.)

(DONCELLAS, DIRECTOR, OFICIALES y SOLDADOS.)

Dir. (Entra en escena, vuelve á asomarse al foro y dice:) Veamos el número mímico. (Mutis por derecha.)

Música

A compás, con pasos menuditos y graciosos movimientos, aparecen cuatro doncellitas francesas pulcramente vestidas y con pequeñas cestas al brazo, como si fueran á la compra Con gestos picarescos, percatadas de que las giguen, puestas en fila, avanzan hasta el primer término.

Cuando se indica en la partitura, aparecen cuatro soldados franceses, que, con pasos exagerados y movimientos grotescos, se coloca cada uno delante de una doncella y puestos de rodillas las ofrecen su cariño llevándose las dos manos al corazón Ellas, riendo, expresan que no es amor, si no dinero lo que quieren y al ver el desaliento de sus pretendientes, burlándose y coqueteando, dan una vuelta alrededor de ellos, que siguen de rodillas. Los soldados se ponen en pie y manifiestan que, á falta de dinero, tienen alegría, para lo que bailan unos pasos de cancán, pero las doncellas, sin atenderles, hacen una evolución con un paso de kake wal, aunque seguida cada una por un soldado, quedando así situados en lateral derecha.

Cuando se indica en la partitura, llegan cuatro oficiales que se situan en lateral izquierda. Al verlos se aterran cómicamente los soldados, que, á grandes zancadas, van al foro, dan media vuelta sobre la izquierda, saludan militarmente y quedan frente al público. La brusquedad de los oficiales se trueca en amabilidad á la vista de las doncellitas, á las que se acercan ofreciéndolas (sin arrodillarse) su amor. Ellas, como á los soldados dicen que lo que desean es dinero; los oficiales desilusionados se separan de ellas, colocándose en primer término frente al público. Las doncellas se proponen su conquista, dejan las cestas en el suelo y vienen cada una al lado de un oficial. Con cara de picardía, les miran por el lado derecho y al verlos despreciativos hacen, sucesivamente, gracioso mohín de enojo, un ligero movimiento de caderas, dan una palmadita de enfado y una patadita; pasan al lado izquierdo y repiten el juego. Entonces, con cara mimosa, dan una vuelta alrededor de ellos, que terminan por ablandarse, y tomándolas por el talle, marcando un kake-wal, hacen mutis por segundo término izquierda.

Los soldados con caras compungidas se contemplan un momento, recogen las cestas abandonadas y hacen mutis tras de las doncellas y de los oficiales.

Ruego muy encarecidamente al Director, que al poner este número lo haga con especialísimo cuidado, procurando que revelen las doncellas gracia y picardía, y los oficiales delicadeza y corrección. Los soldados siempre grotescos. Todos los movimientos han de ser marcadísimos y á compás. Principalmente el mutis de los soldados debe cuidarse para que resulte lo más cómico posible. Los oficiales llevarán guante fino blanco y los soldados, guante recio de lana, blanco ó verde.

Hablado

Tor. (Llega huyendo.) No, no quiero verlas; son mi tormento, y parece que brotan por todas partes. (Corre hacia izquierda y se detiene.) Por aquí vienen más. (Vuelve hacia derecha.) Y por aquí. (Corre en distintas direcciones.) Y por aquí. Y por aquí. Me meteré en este cuarto. (Va á meterse en el que entraron el Turco y la Turca, y queda petrificado.) Esto sí que es grave.

Turco (Dentro.) ¿Quién es el osado que ha abierto la puerta sin avisar?

Tor. Tiene razón el hombre, porque la cosa es gorda.

Turco (Dentro.) Pagará cara su imprudencia.

Tor. Es preferible la muerte.

(Sale el TURCO, cierra la puerta, y Torcuato recobra la movilidad.)

Turco ¿Has sido tú?

Tor. (¡Oh, qué idea! Este va á despenarme.) (Agresivo.) Sí, yo he sido. ¿Qué, qué hay? Vamos á ver. ¿Qué quieres?

Turco Tu vida.

Tor. Al momento. (Van á la panoplia y toman cada uno un florete.) En guardia.

Turco (Embistiendo.) ¡Miserable! (Cruzan los aceros. En este momento sale la TURCA, y Torcuato se queda en posición de «á fondo», aunque el florete se le cae. El actor que haga este personaje adoptará durante el dúo una posición parecida á la en que ahora queda.)

Turca ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

Turco A este desgraciado que voy á arrancarle la vida.

Turca (Mirando con extrañeza.) ¿A quién?

Turco A éste.

Turca ¡Ja, ja, ja! ¿A una estatua? ¡Tú estás loco!

Turco Este es un hombre. El que ha abierto la puerta del cuarto.

Turca Esta es la rinconera que estaba antes allí. ¡Ja, ja, ja! (Llamando.) ¡Venir! ¡venir! (Llegan FRANCESA, FRANCESILLA, DIRECTOR y CANCANISTAS.)

Dir. ¿Qué pasa?

Turca Este, que se ha vuelto loco. Se empeña en que esta rinconera es un hombre.

Turco Y lo es.

Varios ¡Ja, ja, ja!

Turca Ahora verás cómo no. (Da á Torcuato una bofetada.) ¿Lo ves?

Fran. Qué ha de ser un hombre. (Otra bofetada.)

Fran.ª Un hombre... (Otra bofetada. Repiten el juego varias veces, poniendo como una breva al pobre Torcuato.)

Dir. A ensayar al escenario. (Todos hacen mutis.)

Tor. ¡Asesinos! ¡Infames! ¡Ay, Sultán, en cuanto me desencante voy á comerte los hígados! ¡Pero, Dios mío! ¿dónde estará la mujer que no haya dado el primer beso de amor? (Telón.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Gran salón de pruebas del taller de ropa blanca titulado «El Buen Gusto», en Madrid. Puertas al foro y laterales. Sobre una de ellas un rótulo que diga: «Talleres».

Música

(Al levantarse el telón, la escena está sola. Entran al compás del pasodoble el CORO DE MODISTAS, con mantones de pico.)

Coro

Somos las oficialas
de estos talleres,
llamados «El Buen Gusto»,
donde hallarás
rincones misteriosos,
ropa y mujeres,
que de seguro todo
te agradará.
Con el mantón de pico
por Madrid vamos,
derramando la gracia,
vertiendo sal,
y á los hombres de calle
nos los llevamos,
oyendo sus piropos
sin escuchar.

—

(Haciendo el diálogo.)

—Es usted, alma mía, (1)
lo más gracioso
que he visto yo.
—Y usted, chulo aburrido,
tiene asaura
para venderla
al por mayor.
—¿Quiere que la acompañe?
—No necesito
de institutriz.
—Seré fiel como un perro.
--Eso de perro,
viendo su cara
sí lo creí.

(1) Puede suprimirse este diálogo.

Y así, con chicoleos y con donaires,
con chistes, con ingenio, con mucho aquel,
se quedan los panolis que nos persiguen
burlados y sin ganas para volver.
Y al llegar los domingos, en la Bombilla,
al compás del manubrio y á plena luz,
nuestra sana alegría la desbordamos
borboteando risas y juventud.
(Hacen mutis por derecha al compás del pasodoble.)

Hablado

(TORCUATO y MAESTRO por el foro. Torcuato viste lo mismo que en el segundo cuadro. Maestro, de levita.)

Tor. Bueno; ¿pero cómo ha sabido usted que hoy llegaba yo á Madrid?

Maes. Por carta de mi corresponsal en París. Le escribí pidiéndole un dependiente que reuniera condiciones especiales, y vea usted su contestación: «El jueves, á las once, llegará á esa el hombre que necesita. Es de los que ven, oyen y callan. Le conocerá fácilmente por un gorro encarnado que lleva puesto.»

Tor. ¿Y usted, quién es?

Maes. ¡Ah! ¿pero no me conoce? (En tono enfático, como los charlatanes anuncian su mercancía.) Yo soy el dueño de esta casa, gran confección de ropa blanca para señora y caballero, titulada «El Buen Gusto», donde acude la nata de la sociedad madrileña. Todo el edificio está ocupado con los talleres: á la derecha, se confeccionan las enaguas; á la izquierda, las chambras; abajo, los calzoncillos, y arriba, las camisas.

Tor. ¿Y en medio?

Maes. Las prendas... de los chicos. Aquí la única cualidad que se exige es la discreción, mucha discreción, y como usted, según mi corresponsal, es muy discreto, ya le tengo plaza destinada.

Tor. ¿Cuál?

Maes. La sala de prueba de señoras.

Tor. ¡Caracoles!

Maes. Usted con ese aire extranjero será un atractivo más para mi casa, y como las señoras

son tan caprichosas les gustará tener á su servicio un hombre que lleve siempre puesto el gorro.

Tor. Por lo que pueda ocurrir, ¿verdad?

Maes. Efectivamente.

Tor. Pero es el caso que yo no sirvo para la prueba de señoras.

Maes. No importa. Ya se irá acostumbrando. Me voy á la tienda que es hora de parroquia. (Medio mutis.) ¡Ah! Que no se quite el gorro. (Mutis por el foro.)

Tor. Pues, señor, ¿qué fin me tendrá reservado el destino? Cuando vi en París al turco con la turca y por si yo era hombre ó estatua me pusieron verde á bofetadas y mamporros, salí corriendo del teatro, llegué á la estación, monté en un tren sin saber qué dirección llevaba y cuando creí estar en Ilo-Ilo lo menos, para el tren y apenas me apeo se me acerca este señor diciendo que me esperaba. ¿Dónde estamos? pregunto. «En Madrid.» ¡Horror! y quiero volver al coche pero este señor me lo impide. ¡En Madrid! Si me llega á ver mi mujer me deja para zorros y menos mal si es para zorros, porque con el encanto que padezco sería peor que me dejara para... otra cosa. Y aquí estoy. ¿Y qué será esto? Desde luego me figuro que cosa buena, no; porque esa carta la ha escrito el genio que me encantó y ese se ha propuesto hacerme la cusque.

(Llega por el foro el BOTONES. Procúrese que este personaje sea lo más infantil y bajo de estatura posible. Si no hay un chico, hágalo una mujer.)

Bot. Hola, ninchi.

Tor. Hola, rata.

Bot. ¿Eres el nuevo?

Tor. Un poco deteriorado, pero nuevo.

Bot. ¿Fumas?

Tor. (Creyendo que le da un cigarro.) Sí.

Bot. Pues dame un pitillo.

Tor. (Dándoselo.) Vaya.

Bot. ¿Has hablao ya con el amo?

Tor. Sí.

Bot. ¿Y qué te ha dicho?

Tor. Que esta es una gran casa de ropas.

Bot. Sí. Aquí entran y salen en pleno día y en la mejor calle de Madrid, señoras de campanillas y caballeros elegantones. Claro que hay ropa, pero es ropa tendida.

Tor. Pues voy á divertirme.

Bot. Ya lo creo, aquí nos divertimos mucho. Además hay buenas propinas y hasta algugunas señoras se fijan en los botones.

Tor. En los botones, ¿de dónde?

Bot. En nosotros ¡mia tú éste!

Tor. Don Juan en miniatura.

Bot. A que te doy un guantazo.

Tor. Eh, tú, que pegar no vale.

Bot. Ya llegan los compañeros. (Entran tres Botones más. Chicas del Coro.)

Música

Bot.
Cuando entra en «El buen gusto»
un dependiente nuevo,
ha de dar á los otros
una prueba de ingenio.
Es esta la costumbre
y te has de someter.

Tor.
Una farruca nueva
al punto cantaré.

—

El farruco á la farruca
se aproxima
y ella casi cae de espaldas
de tanto como él se arrima.
Vas á tirarme, farruco,
dice ella con emoción:
á tirarte, farruquilla,
eso es lo que quiero yo.

—

Mire usted, salero,
vea usted sandunga
y cómo me muevo
cuando bailo la farruca.

—

Bot. (Bailando.)
Mire usted, salero,
etc., etc.

Hablado

Bot. Ahora cada uno á su puesto. (Mutis por foro.)

Mor. (Dentro.) Por aquí, tontín.

Tor. Una mujer; ¡me reventó!

(Entran por foro cogidos del brazo MORENA y POLLO. Torcuato queda inmóvil.)

Pollo Yo es la primera vez que vengo y además como soy corto de vista...

Tor. (Pero con una mujer así se le alarga á cualquiera.)

Mor. Ya verás que gabinetes más bien puestos. Los hay de varios colores: rosa, verde, azul y blanco. ¿Cuál te gusta, pichón?

Pollo A mí me gusta el verde. (Mutis por derecha.)

Tor. Qué pollo más líquido y qué mujer más sin aprensión. Y yo, en cuanto veo una mujer, tieso y sin poder moverme. Cómo voy á moverme en cuanto me desencante.

Gall. (Insinuante y muy afeminado.) ¿Eres el nuevo dependiente?

Tor. Sí.

Gall. (Tocándole la cara.) ¡Precioso! (Mutis derecha segundo término.)

Tor. Tu mamá... Si casi me da el ataque... Luego el gachó ese.. ¡Pues solo esto me faltaba!

(La Rubia y el otro Pollo cruzan la escena abrazados.)

Pollo ¡Gloria!

Rubia ¡Cielo!

Pollo ¡Vida!

Rubia ¡Encanto!

Pollo (Deteniéndose un momento Consultando el color ¿Rosa?

Rubia Rosa. (Mutis por izquierda.)

Tor. ¡Sinvergüenzas! Esto es sufrir más que Tántalo, porque él no veía beber el agua y yo las veo en brazos de otros. Y que por lo visto la casa tiene parroquia. Nada, nada, voy á decir al maestro que busque otro, que yo me marcho, y que, si lo quiere, le dejo el gorro. (Mutis por segundo izquierda.)

(Salen CUATRO MODISTAS.)

Música

Modistas Vamos á ensayar el baile
que está de moda en Madrid,
una mezcla de machica,
de tango y de garrotín.
Es un baile sugestivo,
es un baile original,
que se llama el *aguacate*,
cate, cate y agua va.

(Bailan el número, haciendo mutis al concluir.)
(TORCUATO pensativo llega hasta la batería.)

Hablado

Tor. Convencido de no hallar en el mundo la mujer que dé en mi presencia el primer beso de amor, me voy ahora mismo al Viaducto y me arrojo á la calle de Segovia, aunque luego cuando recojan mis restos mortales me muera de vergüenza. Torcuato, al Viaducto. (Al ir á salir se detiene absorto viendo llegar á su mujer.) ¿Pero qué veo? ¡Esto sí que es grave! ¡Mi mujer aquí! (Retrocede y queda en fondo izquierda.)

(Entran ROMUALDA y FELIPÍN. Ella es una mujer de unos cincuenta años, presumida y ridícula. El un tipo de hortera, ridículamente ataviado.)

Fel. Pero, señora, ¿qué quiere usted hacer conmigo?

Rom. (Con tono melodramático. Siempre exagerada.) ¡Ay, Felipín, Felipín! El amor ha prendido en mi pecho, que es un volcán. Yo soy toda fuego, fuego, fuego. (Avanzando á compás.)

Tor. (¡Ah, infame, estafermo! Si dan ganas de reir. ¡A sus años!...)

Fel. Bueno, ¿y qué?

Rom. Fíjate en mí, nardo fragante, clavel reventón, lila olorosa. ¿De qué es esta mirada?

Tor. (De pachón.)

Rom. ¿Y esta sonrisa?

Tor. (De conejo.)

Fel. Señora Romualda, déjese usted de tonterías, que usted ya no está en edad de hacer locuras.

Tor. (Sensato.)

Rom. ¿Cómo en edad? ¿Pues cuántos años nos llevamos?

Fel. Mire usted que yo tengo veinte.

Rom. Y yo treinta.

Tor. (En cada pelo.)

Rom. Soy una niña, y una niña enamorada de ti, almendruco dulce, rey de los horteras.

Fel. Bueno, pero usted ¿para qué me ha citado aquí?

Rom. Voy á decírtelo, pero muy juntitos. (Se aproxima y le contempla con una mirada que parte los corazones.)

Tor. ¡Vegestorio, esperpento, ¿con que en mi ausencia enamorando horteras? Si pudiera moverme iba apagar ese fuego á *patas*.

Rom. ¿No notabas que yo iba y venía muchas veces á la tienda?

Fel. Sí; yo notaba que iba usted todos los días siete ú ocho veces por cabezas y colas de bacalao, pero no me llamaba la atención.

Rom. Es que ese era el pretexto, pero yo no iba por aquellos colas, yo iba... por tí; por verte, por hablarte, por llevarme algo que tú tocases, y luego conservarlo. Que tocabas una cabeza, la guardaba; que tocabas una cola, la guardaba también.

Tor. (Pues olerá bien mi casa.)

Rom. Mi marido está ausente; además no le he querido nunca.

Tor. (¡Adulterina!)

Rom. Es muy feo, muy brusco y muy antipático.

Tor. (¡Me está poniendo como un trapo!)

Rom. Yo no he querido á nadie más que á ti, encanto mío.

Tor. (Ahora sí que es airoso el papelito que estoy haciendo.)

Rom. Y en prueba de que tú has sido y eres mi primer cariño, voy á depositar sobre tu frente mi primer beso de amor.

Tor. (¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Será posible?) (Romualda coge entre sus manos la cabeza de Felipín y le da un ruidoso beso, en cuyo instante se desencanta Torcuato, que de un brinco se coloca frente á ellos.) ¡Tú! ¡¡Tú!!

Rom. ¡¡Torcuato!!

Fel. ¡El marido! (Cómicamente aterrado hace mutis por el foro.)

Tor. ¿Conque á los veinte años de casada no habías dado aun el primer beso de amor?

Rom. ¡Perdón!

Tor. ¿Luego á mí me besabas como besabas al gato?

Rom. (Resignada.) Igual.

Tor. Debía romperte el bautismo, pero tú no sabes el bien que me has hecho. (Dando saltos.)

Rom. ¿Estás loco?

Tor. Sí, de alegría. (Voces.) A ver; aquí todas, que vengan mujeres. (Entran mujeres por todas partes, entre ellas un Gallina. Torcuato abraza á unas y otras.) Gloria .. vida... encanto... cielo.

Gall. ¿Y para mí ¿no hay nada?

Tor. (Echándolo á su mujer.) Sí, esa. (Arrojando el gorro.) ¡Viva la alegría! ¡Viva el placer! ¡Ha concluído el suplicio de Tántalo, ahora va á empezar el descuaje del amor!

(Música y telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras del mismo autor

Alborada. Novela. (Agotada.)
Bodas regias. Recopilación histórica. (Undécima edición.) Librería de Fernando Fé. Madrid.—Precio, 3 pesetas.
Leyendas Hispano-Americanas. (En verso.) En todas las librerías.—Precio, 2 pesetas.
La fuente del zarzal. (Cuentos de aldea.) En todas las librerías.—Precio, 2 pesetas.
La mujer. Estudio. En todas las librerías.—Precio, 1 peseta.

TEATRO

El tesoro de la bruja. (Segunda edición.) Melodrama en cuatro cuadros. Música del maestro D. Manuel Nieto.
Las orejas. (Segunda edición.) Entremés cómico.
Epílogo. Comedia en un acto y en prosa.
¡Estaba escrito! Entremés cómico. Música del maestro D. Esteban Anglada.
Luciana. Zarzuela en tres cuadros. Música del maestro D. Esteban Anglada.
En el fondo de la mina. Zarzuela en verso. Música del maestro Ribas.
La infanta. Opereta en un acto. Música de los maestros Chaves y Anglada.
Los hijos del arroyo. Zarzuela dramática en un acto y cuatro cuadros. Música del maestro Eduardo G. Arderíus.
La Cigarra. Zarzuela en tres cuadros. Música del maestro Contreras.
¡A Roma se va por todo! Quisicosa política en uu acto. Música del maestro Porras.
El suplicio de Tántalo. Disparate cómico-lírico-fantástico en tres cuadros. Música de los maestros Anglada y Alonso.
Corazón gigante. Zarzuela en tres cuadros (refundición). Música del maestro Anglada.

Las obras de teatro se hallan de venta en la Sociedad de Autores Españoles, al precio de 1 peseta ejemplar.

Precio: UNA peseta